

ARCHIVOS Y FONDOS DOCUMENTALES DE MÉXICO

Biblioteca Genaro Estrada*

SERGE I. ZAITZEFF

University of Calgary, Calgary, Canadá



LOS LIBROS y la amistad fueron elementos fundamentales en la vida del escritor y diplomático sinaloense Genaro Estrada (1887-1937). Desde sus años mozos, en una imprenta de provincia, Estrada empezó su largo trato con el material impreso. Toda su vida la dedicaría al libro en sus múltiples manifestaciones: producción, lectura, creación, investigación y difusión. A la historia de

México y a la literatura consagró todos sus esfuerzos como investigador y escritor. En apenas diez años —de 1916 a 1926— Estrada logra ocupar un lugar destacado en el ámbito intelectual mexicano con su clásica antología *Poetas nuevos de México* (1916), con los bellos poemas en prosa de inspiración virreinal reunidos en *Visionario de la Nueva España* (1921) y con su única novela *Pero Galín* (1926), texto de innegable modernidad. Y al mismo tiempo se da a conocer como excelente traductor de Jules Renard (así como de Marcel Schwob y Aloysius Bertrand) y como erudito sobre todo en publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores adonde había ingresado en 1921.

* Expresamos nuestro agradecimiento a la Dirección de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada por habernos cedido este texto inédito para incluirlo en las páginas de *Literatura Mexicana*.

Durante sus diez últimos años de vida (1927-1937) Estrada va subiendo los escalones de la diplomacia hasta llegar a ser subsecretario, encargado del Despacho, secretario y embajador en España y aumenta considerablemente su producción editorial. En particular predomina el historiador con sus numerosos prólogos, ediciones y bibliografías, los cuales responden a su constante interés por las cosas de México. En esos años de intensa actividad no abandona la creación literaria sino que ahora le atrae la expresión en verso. Así da a la imprenta varios libros que serán elogiados por los mejores poetas del día. De hecho, entre 1928 y 1934 aparecieron *Crucero*, *Escalera (Tocata y fuga)*, *Paso a nivel* y *Senderillos a ras*.

Además de los libros (como lo afirmó Alfonso Reyes), Genaro Estrada supo cultivar el arte de la amistad. Su carácter jovial y abierto le permitió ser amigo de todos, es decir de los mayores, de los contemporáneos y de los jóvenes. De igual manera podía admirar a los consagrados que animar a los nuevos. Para Estrada no existían las barreras impuestas a veces por la edad ni las fronteras geográficas. Quería estrechar los lazos entre las generaciones y entre las naciones. Con verdadera generosidad estaba siempre dispuesto a ayudar, virtud que todos sus amigos apreciaron profundamente. Estrada les fue fiel y éstos le correspondieron.

El catálogo de la Biblioteca Genaro Estrada atestigua la doble afición de Estrada: en primer lugar, la importancia del libro para él y, luego, el papel de la amistad. Cabe notar que no se conservan en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada todos los libros del bibliófilo sinaloense, ya que parte de su biblioteca fue a parar a Culiacán. Esto explicará seguramente la ausencia en este repertorio de autores y títulos íntimamente ligados a la vida de Estrada. Llama la atención, por ejemplo, la falta de libros de Enrique González Martínez o de José Juan Tablada y, más aún, de sus compañeros de generación con quienes se mantenía a veces en contacto epistolar como Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Carlos Díaz Dufoo Jr., Manuel Toussaint y Xavier Icaza, entre otros. En cambio, su amigo más cercano sí figura y domina con una presencia de más de veinte libros. Se trata, desde luego, de Alfonso Reyes, el fiel corresponsal de Estrada du-

rante más de dos décadas. Los unieron fuertes lazos de comprensión y simpatía y juntos lucharon por los mismos ideales a través de la diplomacia y la cultura. Lejos de su patria, Reyes dependió casi exclusivamente de su “Gordo querido” o de “su doble”, como dice en una de las dedicatorias, para estar al tanto de lo que pasaba en México. Los libros mandados por Reyes abarcan los años 1917-1936 e incluyen algunas de sus obras más significativas tales como la *Visión de Anáhuac*, *Ifigenia cruel* y *El plano oblicuo*. Estos libros autógrafos ofrecen otro testimonio de la honda amistad que sentía Reyes por Estrada, además de la nutrida correspondencia que han dejado. Es de interés observar que en esta colección el nombre de Reyes aparece también como prologuista a dos volúmenes: Alfonso Junco, *El alma estrella* (1920) y Antonio Mediz Bolio, *La tierra del faisán y del venado* (1922).

Todos eran amigos de Estrada, como hemos dicho, y así lo revela el hecho de que hay en su biblioteca libros de autores cuyas tendencias estéticas no siempre correspondían a las suyas: el esteticismo de Efrén Rebollo en *Salamandra* (1919), el realismo revolucionario de Mariano Azuela en una traducción de E. Munguía de *Los de abajo* (1929) ilustrada por José Clemente Orozco o la expresión estridentista de Manuel Maples Arce en *Andamios interiores* (1922) y en la versión de John Dos Passos de *Metrópolis* (1929). Si bien es cierto que Estrada podría haber sido un ateneísta, también se sintió muy ligado a la generación de los Contemporáneos, la cual está bien representada en este catálogo. No sólo colaboraron en las mismas revistas sino que *Contemporáneos* sobrevivió —luego de la salida de Bernardo J. Gastélum a Italia— gracias al apoyo económico de Estrada. Sin embargo, cuando éste dejó la Cancillería para encargarse de la Embajada de México en España, la revista se hundió pese a los esfuerzos de Bernardo Ortiz de Montellano. El autor de la *Antología de cuentos mexicanos* (1926), como se ve en sus cartas y recensiones, tenía mucha admiración por el editor y poeta sinaloense. Cuando muere Estrada en 1937, Ortiz de Montellano evoca las cualidades humanas de su amigo y ensalza la vasta obra de ese “hombre de acción inteligente”. El trabajo diplomático y el oficio literario forman la base de la amistad

que unió a Estrada con otros Contemporáneos. José Gorostiza, quien le había remitido en 1925 su primer poemario *Canciones para cantar en las barcas*, se inicia en el servicio exterior en 1927 con un puesto de primer escribiente en el Consulado General de México en Londres bajo las órdenes de su amigo ascendido a Subsecretario de Relaciones, con quien comparte (en escasas cartas) sus angustias existenciales y sus frustraciones como escritor. Cuenta con la madurez y la experiencia de Estrada para tratar de solucionar sus problemas personales. Es evidente que para el joven escritor, Estrada representaba el modelo de hombre que sabía combinar con éxito el servicio público con la tarea cultural. En particular, Gorostiza acepta como igual al poeta mayor cuya obra lo deja impresionado. Gorostiza se reconoce en esa poesía pulcra, rigurosa y depurada, en esos versos modernos con base clásica. Con el tiempo Gorostiza llegará a ser uno de los grandes poetas en lengua española y un distinguido canciller y embajador.

El otro Contemporáneo que sigue el ejemplo de Genaro Estrada (y el de José Gorostiza) es Jaime Torres Bodet. No se registra ninguno de sus libros en esta colección aunque fue muy amigo de Estrada. Durante años ambos participaron en las mismas publicaciones y se interesaron por el arte de la traducción. Estrada se acercó a ciertos textos franceses y los dos tradujeron a André Gide. Torres Bodet se sentía atraído por la inteligencia y el cosmopolitismo de Estrada. Reconoció en seguida el valor de *Poetas nuevos de México* por su buen gusto y erudición, así como los aciertos expresivos y la estructura moderna de *Pero Galín*. Igual que sus colegas, Torres Bodet admiró en la poesía de Estrada su capacidad para actualizar las viejas formas hispánicas. Hay una asombrosa unanimidad entre los Contemporáneos en cuanto a su valoración de Estrada como hombre de letras. De hecho, Xavier Villaurrutia también se fijó en la calidad literaria de los libros de Estrada subrayando el afán de evasión patente en *Escalera (Tocata y fuga)* e insistió en la forma nada tradicional de *Pero Galín*. La seriedad intelectual y la amplia cultura de Estrada son virtudes muy estimadas por el autor de *Dama de corazones* (1928), libro que Villaurrutia le obsequió a su amigo. Cabe recordar que en 1927 el joven escritor había hecho y publicado una caricatura del humanista de Sinaloa.

Los libros guardados por Estrada incluyen también *Ensayos* (1925) y *Return ticket* (1927) de Salvador Novo, quien recogió "El oidor" de Estrada en su *Antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos* (1923). Asimismo figura su coterráneo Gilberto Owen con el ejemplar número uno de *Novela como nube* (1928) y con *Línea* (1930). Tampoco falta la presencia del tabasqueño Carlos Pellicer, quien le dedicó póstumamente en 1941 *Recinto y otras imágenes*, con *6, 7 poemas* (1924) y *Hora y 20* (1927). Todos estos testimonios de simpatía confirman que por su juventud espiritual Estrada en efecto estaba estrechamente vinculado al grupo de los Contemporáneos.

No deja de ser revelador del universalismo de Estrada el hecho de que le llegaron libros de muchos países. De los Estados Unidos, por ejemplo, hay volúmenes de destacados historiadores como Irving A. Leonard y Herbert I. Priestley (a quien tradujo en 1920). También se encuentran libros publicados en varios países europeos y en casi toda América Latina. Es interesante observar que uno de los primeros títulos recibidos por Estrada se debe al chileno Baldomero Lillo. Se trata de la edición de 1917 de *Subterra, cuentos mineros*. El tema de la literatura chilena le suscitó al mexicano un sustancioso artículo en 1919, a raíz del cual Gabriela Mistral trabó amistad con Estrada con quien empezó a cartearse a partir de 1920. Esta relación se fortaleció en México entre 1922 y 1924 durante la estancia de la poetisa, quien había sido invitada por José Vasconcelos. Ella dio testimonio de su admiración por Estrada al incluir uno de sus textos en *Lecturas para mujeres* (1924) mientras que sus cartas manifiestan su afecto y su confianza. Sobre todo estima en Estrada su espíritu de renovación, su disciplina y su capacidad de trabajo. Por desgracia faltan los libros que seguramente le mandó Gabriela Mistral, pruebas tangibles de una sincera amistad. Lo mismo podría decirse del poeta argentino Ricardo E. Molinari, otro íntimo amigo de Estrada. Cuando Molinari publica su primer libro de poemas en 1927 (*El imaginero*), Pedro Henríquez Ureña le recomienda mandárselo a Estrada y así nace una relación muy especial. Molinari ya había leído y comentado *Pero Galín* ("saludable burla", "limpia y elegantísima poesía") y, gracias al maestro domini-

cano, había cultivado un auténtico mexicanismo. De inmediato la amistad y los libros los unieron. Estrada encontró en ese poeta fino y pulcro, en ese amante del libro bien hecho, en ese enamorado de la literatura un alma hermana. Entre las numerosas amistades de Estrada, ésta era quizás la más puramente literaria. Ni la diplomacia ni los problemas del vivir cotidiano interfirieron en esta relación que se nutrió de la poesía y de la página impresa. Aunque no se conservan en la presente colección libros de este poeta argentino, su admiración y afecto por Estrada se expresan claramente cuando le dedica en 1933 su *Hostería de la rosa y el clavel*.

Durante su estancia en España como embajador de México (1932-1934) Genaro Estrada no sólo cumple con ejemplaridad sus labores diplomáticas sino que realiza abundantes investigaciones en bibliotecas y museos del país cuyos resultados no tardan en publicarse y aprovecha su paso por Madrid para relacionarse con la intelectualidad española. Allí publica sus dos últimos poemarios: el primero recibe elogios de poetas consagrados y el segundo trae ecos (en sus versos más logrados) de la poesía de su amigo Federico García Lorca. Las contadas cartas que se conocen de Ramón del Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y José Moreno Villa indican que éstos formaron parte del círculo de amigos de Estrada. En 1934 Valle-Inclán pide la ayuda del embajador y éste le consigue un viaje para dictar conferencias en México, país predilecto del escritor español quien lo había visitado en dos ocasiones. En 1937 Estrada logra con su proverbial generosidad que Moreno Villa se refugie en México y ese mismo año, meses antes de morir, hace todo lo posible para auxiliar a Gómez de la Serna ya radicado en Buenos Aires. El espíritu fraternal de Estrada abre las puertas al exilio republicano en México. Por lo anterior uno habría esperado encontrar en la colección de Estrada algunos libros de sus colegas peninsulares quienes tanto lo estimaron.

La enorme curiosidad intelectual de Genaro Estrada lo llevó a explorar múltiples facetas del saber humano, en especial el arte, la historia y la diplomacia. En todos sus trabajos sobresalió como un investigador exhaustivo, un crítico agudo y un pensador original. Como lo demuestran todas las series que dio a la imprenta, uno de sus principales ideales era el de di-

fundir el conocimiento. De manera preponderante se dedicó al estudio de todo lo que tenía que ver con México, inclusive cuando se encontraba radicado en España, un país que amaba realmente. Hay que reconocer, sin embargo, que de vez en cuando abordó temas españoles como, por ejemplo, en sus trabajos sobre Picasso y Goya. Al examinar los libros que se hallan en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada se ve en seguida que dominan los de historia, los cuales reflejan claramente uno de los principales intereses de Estrada. Pero también los hay de antropología, de economía, de educación, de lingüística, de geografía, de ciencias políticas, de sociología, de música, de diplomacia y de derecho. En gran parte, como es de esperarse, todos estos volúmenes tienen en común una constante preocupación por México y en menor grado por todo el continente. No faltan muchos nombres importantes de la historiografía mexicana como, por ejemplo, Vito Alessio Robles, Luis Castillo Ledón, Daniel Cosío Villegas (con un temprano trabajo literario de 1922), Luis González Obregón, Mauricio Magdaleno, Rafael F. Muñoz, Nicolás Rangel, entre otros. Es justo notar, además, que aparecen algunos títulos de José D. Frías, Carlos González Peña, Pedro Henríquez Ureña, Francisco A. de Icaza, Miguel N. Lira, José de Jesús Núñez y Domínguez, Rafael Solana y del peruano José Santos Chocano.

La presente colección incluye también unos diez libros del propio Estrada publicados entre 1923 y 1937 entre los cuales se recogen sus tres últimos poemarios. Estos 170 libros dedicados a Genaro Estrada constituyen una especie de homenaje colectivo (modesto si se compara a los 6,000 libros dedicados a Alfonso Reyes) de algunos de sus amigos y colegas, quienes se juntan para dar constancia de su admiración, de su afecto, de su amistad y de su estimación.

Esta colección es prueba indiscutible del prestigio alcanzado por Estrada como escritor y diplomático pero al mismo tiempo se distingue por valores propios. De hecho, algunos de estos libros son de tiraje muy reducido o son ejemplares numerados. Otros vienen ilustrados por artistas como Norah Borges, José Clemente Orozco, Manuel Rodríguez Lozano o Xavier Villaurrutia y en el caso de numerosos autores consagrados

se trata normalmente de primeras ediciones. Los admiradores del humanista sinaloense sentirán no poca alegría al enterarse de que un buen número de los libros que le fueron dedicados se encuentran reunidos en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada y que éstos han sido registrados en el *Catálogo de Genaro Estrada*.